

ENTREVISTA A BEATRIZ GIMENO: CREACIÓN MÁS ALLÁ DE ETIQUETAS¹

Luis León Prieto²

Beatriz Gimeno (Madrid, 1962) es una autora española que, en los últimos tiempos, ha construido una trayectoria de facetas múltiples. Esta se podría resumir, por un lado, en su labor de activista, tal y como señala ella misma en la biografía de su página web, de tipo “social, feminista, por la diversidad sexual y por los derechos de las personas con discapacidad”, que ha desembocado en su puesto actual de diputada en la Asamblea de Madrid por el partido político Podemos; por el otro, continuando con la descripción de la propia Gimeno, el tiempo que no dedica a su labor militante e institucional lo hace a la escritura, de diverso tipo: colaborando de forma periódica con medios de comunicación digitales o a través de la publicación de obras ensayísticas o de ficción, como poemarios, libros de relatos y novelas. Antes de comenzar su singladura en el mundo de la política, la autora ya había dado por concluido un largo período de militancia pública, con un alto grado de exposición mediática debido a los importantes proyectos aprobados bajo su presidencia en la Federación Estatal de Lesbianas, Gais, Transexuales y Bisexuales. Los más emblemáticos entre estos fueron las leyes que sancionaban el matrimonio igualitario y la relativa a la identidad de género.

Por lo que respecta a su obra creativa, se podría diferenciar, de forma básica y tal y como acabo de señalar, entre aquellos textos de carácter más ensayístico o teórico, y otros

¹ Fecha de recepción: 20/03/2019.

Fecha de aceptación: 30/03/2019.

² Doctor en Género y Diversidad, Departamento de Filología Inglesa, Francesa y Alemana. Universidad de Oviedo, España; ✉ luisleonprieto@gmail.com.

de tipo más literario, que son los que voy a tomar como objeto de análisis para la siguiente entrevista y los que me dispongo a presentar, de manera sucinta, en esta introducción. Entrando en esta trayectoria literaria de Gimeno, la mención inicial hay que dedicarla a *Primeras caricias* (2002), que lleva el revelador subtítulo de *50 mujeres cuentan su primera experiencia con otra mujer*. Es un debut de tipo experimental, pues, aunque catalogado en su cubierta como “no ficción”, lo que hace Gimeno es convertir en ficción, ya sea en tercera o primera persona, los testimonios a los que alude el subtítulo. *Su cuerpo era su gozo* (2005), el bautizo como novelista de Gimeno, hizo su aparición en un momento histórico en el que, además de la aprobación de las leyes de tipo social antes citadas, también se legisló por la recuperación de la llamada “memoria histórica” de la Guerra Civil y el franquismo. La obra se construye como un *bildungsroman* o novela de formación, que no es de carácter biográfico, antes bien la biografía imaginaria de una pareja de mujeres, a raíz de una noticia real que la autora conoció a través de la prensa. Gimeno se adentra en una época en la que los homosexuales eran represaliados y encarcelados, pero lo que a ella le interesa remarcar es cómo las mujeres que se movían fuera de la rígida sexualidad normativa dentro del nacionalcatolicismo no iban siquiera a la cárcel, sino directamente a centros psiquiátricos, porque no se podía concebir una orientación sexual que se daba por inexistente, así que la encubrían bajo el subterfugio de la enfermedad mental y, especialmente, de la invisibilidad, lo cual de por sí constituye una sólida razón para que la autora decida romper el silencio con su primera novela.

En todo caso hay que remarcar que, si bien la obra recibió la etiqueta de “novela para lesbianas”, la creación de Gimeno trasciende esa y otras categorías similares, tal y como podrá comprobarse en la entrevista. La autora, aunque rehusando ese marco de la “escritora lesbiana”, dedicó su siguiente libro de relatos, *Sex* (2008), a celebrar el sexo

entre mujeres a través de la pornografía, siendo muy consciente del desprestigio que eso podría suponerle. De nuevo, la autora rompe el silencio, ya no del franquismo sino del tabú de la sexualidad femenina y el placer como instrumento no solo lúdico, sino también reivindicativo y político. Aunque, por lo que respecta a los tabúes sexuales, uno de los más poderosos es el que derrumba en su siguiente novela, *Deseo, placer* (2009). Su protagonista es una mujer de negocios que representa una serie de valores que podrían tomarse como tópicos del comportamiento viril estándar. Lejos de someterse a los hombres, utiliza su posición para conseguir cumplir su fantasía con un atractivo subordinado: penetrarlo analmente. Los juegos de poder jefe-empleado y el equilibrio entre quién de verdad gana y quién pierde son elementos fundamentales de esta obra que se adentra en el ámbito de la sensibilidad *queer*.

No quiero terminar sin hacer referencia a los dos poemarios que ha publicado Gimeno. Ese mismo año de 2009 apareció el primero, *La luz que más me llama*. Al igual que en la novela anterior, el deseo es uno de los ejes más sólidos de la voz poética que, ya dentro del campo semántico, entra en contacto con la tradición hispánica, por ejemplo, de la mística. La siguiente obra creativa de Gimeno es, hasta la fecha, la última y también consiste en un poemario, *Al menos flores, al menos cantos* (2012). Temas como la soledad, la pérdida, el miedo y el desamor se repiten a lo largo de este texto. Y, en ocasiones, surge un dolor que, no obstante, no solo nace de la pura voz poética, sino también, en algunas composiciones de temática social, de contemplar la situación de un pueblo defraudado y empobrecido. De este modo, no pierde de vista el contexto social de la época, ese mismo contexto que le ayudará a enfocar su posterior carrera política.

En *La sociedad arcoíris* (2009), de Javier Montilla, consideraba que su labor como activista había ensombrecido, en cierto modo, su labor como literata y ensayista. Desde ese entonces, ¿cree que, ante su función política actual, la consideración ante su obra ha variado o permanece en el mismo lugar? ¿En qué posición cree que se halla su carrera creativa y teórica?

Evidentemente así ha sido. Y es curioso porque yo nunca quise ser activista, sino escritora. Aun así, no me quejo, aunque a veces me duela, porque lo cierto es que pude publicar mi primer libro gracias a que era activista y no sé cuántos más. Es difícil publicar en un mundo en el que hay millones de escritores queriendo publicar. Yo publiqué porque era conocida y pude convencer a la editorial de que mi libro se vendería. En la actualidad me sigue pasando lo mismo. Aunque creo que sí se me reconoce como teórica, también es verdad que mi actividad política ensombrece eso en el sentido de que soy excluida de foros y de encuentros debido a que represento a un partido político. Mi carrera como creadora, en cambio, no ha superado esto y no creo que vuelva a publicar ficción o poesía a pesar de que escribo constantemente y es, definitivamente, donde me reconozco.

Jeanette Winterson ha expresado, en diversas ocasiones, la opinión de que ella no es “una lesbiana que escribe” sino “una escritora que, además, es lesbiana”. ¿Podría compartir esta definición? ¿Cabría hablar de una “literatura lésbica”, aunque solo fuera desde una posición política, para así romper una lanza a favor de la visibilidad lesbiana?

Sí, comparto esa definición, aunque debido a mi activismo lésbico, a mí se me verá siempre como a una lesbiana que escribe. Y no creo que me pueda librar de eso. En los

últimos años, además, quisiera que dejaran de presentarme como activista LGTB pero no lo consigo. Aunque estoy orgullosa de ese activismo, mi activismo principal desde muy joven siempre ha sido social y político, en la izquierda y el feminismo. Llegué al activismo lésbico desde el feminismo y porque, en aquel momento, vivíamos en un profundo armario. En su momento era necesario, pero hoy reniego un tanto de las posiciones identitarias.

Hablando de visibilidad, en novelas como *Su cuerpo era su gozo* o en algunos de sus relatos se refleja el período del franquismo como una época de invisibilidad para las lesbianas. Desde entonces, pese a fenómenos actuales como la hipersexualización, el “lesbian chic” o el *World Pride*, ¿realmente el lesbianismo va ganando la batalla de la visibilidad? ¿Resulta complejo dar a entender a las nuevas generaciones la existencia de ese pasado no tan lejano, que podía suponer la cárcel o el psiquiátrico en función de una sexualidad diferente?

Sí, resulta muy complejo. Y sí creo que la visibilidad va ganando la batalla a pesar de todo. Hay situaciones vitales muy diferentes, sociales, económicas, pero las chicas jóvenes no viven el lesbianismo con la sensación de estar solas en el mundo, como nos pasaba a nosotras, aunque solo sea por internet y las posibilidades que ha traído. Sin embargo, el “lesbian chic” o el lesbianismo heterosexualizado, como yo le llamo, se come todo el terreno de la visibilidad lésbica real. El otro día, en un reportaje de *El País* sobre lesbianas, que fue muy alabado como ejercicio de visibilidad, ninguna de ellas tenía pluma y en todas ellas se remarcaba la feminidad. Eso quiere decir que se sigue negando

e invisibilizando una parte muy importante del deseo lesbiano, de la cultura lesbiana y que se acepta el lesbianismo en la medida en que sea asimilable.

En obras como *Sex, Primeras caricias* o *Deseo, placer*, se repite el motivo de las mujeres que sienten aversión hacia el falo, incluso aunque solo sea una réplica de plástico. No obstante, también hay mujeres con falo, como indica en su artículo “Deseo *queer*” (2013) de la revista *Pikara*. ¿Cabría la opción de despojar al falo de su carácter patriarcal, de redimirlo mediante alguna estrategia *queer*?

No lo sé. No creo que sea aversión. Mis reflexiones sobre el falo son una mezcla de teoría feminista y reflexión sobre el deseo. Creo que la realidad es que a la mayoría de las mujeres no les gusta el pene (no el falo). Eróticamente no es lo que más placer nos da a las mujeres y, sin embargo, no hay manera de librarse de él en una relación heterosexual. No digo que no le guste a ninguna ni que no pueda gustar, pero creo que las mujeres no erotizan el pene y que, además, desde el punto de vista erótico no es algo imprescindible para el placer femenino que tiene mucho más que ver con la manipulación del clítoris. Pero, además, el falo es un instrumento de poder, de agresión, de actividad sexual, de autoridad, el símbolo de la masculinidad. En ese sentido, ahí, algunas mujeres pueden erotizarlo con más facilidad, pero también querer usarlo, reapropiarse de él. Los juegos eróticos que intercambian la actividad/pasividad y que exploran la pasividad masculina están poco representados. El falo podemos tenerlo cualquiera y desearlo, pero los hombres pueden también desear ponerse en el lugar de la pasividad.

La prostitución es uno de los asuntos a los que más se ha dedicado a nivel teórico. Ha defendido que lo que busca el prostituidor es, ante todo, la sensación de poder. En *Deseo, placer*, ¿podría hablarse de una estrategia de poder similar en el contrato que establecen los protagonistas? ¿O faltaría el elemento patriarcal que subyace sobre la práctica de la prostitución común?

Falta el elemento patriarcal. Si no existiera el patriarcado la prostitución no sería lo que es y puede que no me suscitara ningún tipo de juicio moral. Si no hay un poder real no hay más que un juego de poder del que cualquiera puede salirse en cualquier momento. Los protagonistas de *Deseo, placer* firman un contrato de placer, en realidad. Nadie sufre, nadie está obligado a sufrir.

Siguiendo con esta novela, podemos ver que, si bien el relato avanza a través de la visión subjetiva de la directora general, también se concede protagonismo a Narciso, de hecho, se la concede un nombre propio. Aunque, en su aspecto físico, parezca un hombre varonil, atractivo y apolíneo, ¿el acto de ser penetrado podría considerarse un signo de masculinidad más abierta, más flexible, una posible ruta a seguir por parte de aquellos hombres que renuncian a la masculinidad tradicional?

Pretendía escribir una novela erótica que hiciera reflexionar sobre la masculinidad, pero también sobre la feminidad. Parece que el que cambia de rol es él, pero ella también lo hace. Todo el mundo se sorprende de que un hombre hetero acepte ser penetrado pero poca gente de que una mujer desee penetrar a un hombre. Todo el mundo sabe que las mujeres tienen fantasías de violación (ellas son violadas) pero poca gente menciona que los hombres también las tienen. Creo que, en todo caso, el ano es una zona erógena para

todo el mundo. También es una zona fuertemente politizada, como sabemos, es un lugar de humillación, de feminización, un gay puede permitírselo, pero un hetero no. Penetrar es un acto de poder y ser penetrado de despoder. Si queremos trastocar los significados simbólicos tendremos que abrir esos espacios al cambio y a la subversión.

Me referí antes a la hipersexualización de la época actual, pero, eso sí, enmarcada en un ámbito de culto a la eterna juventud, que se usa como arma contra las mujeres para que se amolden a un determinado tipo de belleza. En *Su cuerpo era su gozo*, el personaje de la Luz madura se siente acomplejado por su físico, algo que irá cambiando cuando conozca a Fátima. La relación entre ambas, con su diferencia de edad y el marco “profesora-alumna”, ¿podría correr el riesgo de ser asociada al tópico de la “lesbiana perversa”, del que trata en otra de sus obras?

No creo. La “lesbiana perversa” sólo existe en la mente heterosexual, las mujeres de mi novela no están en ese plano. Creo que las relaciones intergeneracionales también tienen una larga historia de erotización y, al mismo tiempo, de estigmatización. El lesbianismo, o, en el caso de *Deseo, placer*, el cambio de roles, me permite jugar con ello. El problema es que el patriarcado existe y es un sistema férreo de distribución del poder, de todo tipo de poder, y también de sufrimiento. No es posible imaginar un juego sexual en el que el hombre tenga el poder y la mujer sea dominada porque esa es la realidad y no se puede trascender.

En *Primeras caricias*, el motivo central es el descubrimiento de la sexualidad lésbica, que se suele asociar a la adolescencia, aunque, como puede verse en la obra, no siempre es así. En la actualidad, ¿cree que pesa más la explicación biologicista del lesbianismo o la elección política de este, opción que ha defendido en sus obras teóricas?

El biologicismo pesa siempre en todo. Nuestra cultura es creyente desde Darwin de que los comportamientos animales explican nuestro comportamiento. Desde entonces, una parte de la ciencia explica la realidad humana mirando el comportamiento animal y esta es una teoría que es aceptada por una gran mayoría de la gente. Es increíble porque, por otra parte, es muy fácil de desmontar y, aun así, es un mito absolutamente compartido por muchísima gente.

En *Sex*, insiste, tanto en el prólogo como en varios relatos, en que las relaciones entre mujeres no son solo “tiernas”, sino que puede existir un grado de violencia pactado. En su obra se ven claros los límites del consentimiento, pero ¿resultaría fácil explicar estos conceptos ante un público más general?

Más que de violencia, lo que existe son juegos alrededor del poder y de la sumisión. Estamos en lo que he dicho en otras respuestas, el problema del poder, de la violencia sexual, de la prostitución, es que el patriarcado es un sistema que ya distribuye todo eso en la realidad y de manera obligatoria, así que no es un juego. Por eso, sólo podemos experimentar en ámbitos en los que no exista el poder patriarcal. Los problemas del consentimiento en la vida real y en las relaciones heterosexuales los vemos todos los días, sin embargo, en las historias que mencionas queda claro que lo que mueve a las

protagonistas no es el consentimiento, sino el deseo. Tenemos que trascender el consentimiento para pasar a hablar de deseo, los hombres no consienten y el consentimiento parece referirse así a la posibilidad de “dar permiso”. Únicamente en relaciones en las que exista un claro desequilibrio de poder y de fuerza podemos usar normalmente ese concepto de consentimiento. Tenemos que intentar imponer la idea del deseo femenino.

Si algunas de estas prácticas son mal comprendidas se debe, entre otros factores, a la ausencia de una educación afectivo-sexual como tal, lo que explica otras realidades como el *bullying* contra las y los adolescentes LGTBI. ¿De qué manera la literatura podría ser educativa, podría contribuir a educar en la diversidad y el respeto?

Últimamente estoy muy descreída respecto al poder de la educación. Creo que la educación formal no tiene el poder que a veces le atribuimos y que es la sociedad, los medios, los padres, la familia, etc., En ese sentido, la literatura creo que abre otras posibilidades que luego se transmiten a la cultura. Lo malo es que, naturalmente, lo que no es funcional al poder establecido queda en los márgenes y no se visibiliza. *Deseo, placer* es una novela muy poco vendida y *50 Sombras de Grey* la conoce todo el mundo.

Su primer poemario, *La luz que más me llama*, remite ya desde su título a la tradición mística hispánica, con motivos como la llama o la “Noche Oscura” que menciona en uno de los poemas. ¿Se considera deudora de dicha tradición, que,

junto con el “amor oscuro” del que hablaba Lorca, en ciertos casos podría interpretarse con tintes homoeróticos?

Pues me temo que no me reconocería en la tradición homoerótica porque no es lo que más he leído. Además, yo en mi vida personal no he vivido la lesbofobia así que, para mí, el amor y el sexo homosexual es como el hetero. He vivido ambas cosas sin ningún tipo de presión ni problema, para mí han sido la normalidad, ya sé que en eso soy un caso un poco excepcional. Mi oscuridad tiene mucho más que ver con la conciencia de la muerte y la falta de sentido. He pensado mucho más en la muerte que en el deseo y creo que la muerte es un tabú mucho mayor que cualquier otro.

El poema “Si nos lo han quitado todo”, de *Al menos flores, al menos cantos*, parece referirse a la “indignación” como estado general en esta época postcrisis. El deseo, que todavía se puede crear y conceder de forma gratuita, ¿es una especie de justicia, también poética? ¿Se puede usar como arma política y de resistencia?

Pues esta es la pregunta más complicada y a la que no sabría contestar. Creo que el deseo vivido de manera ética, en el que importa el placer del/la otra(s), en el que la vida de la otra persona importa, es un arma de resistencia frente al individualismo que nos enseña a tratar a los otros como objetos a nuestro servicio. El deseo, si no es mutuo, no es nada. Creo que eso, tan sencillo de entender, es algo que esta cultura desprecia. De hecho, se nos enseña a poner nuestro deseo por encima de cualquier cosa, se nos enseña que lo importante es desear para conseguir, cuando lo importante es desear el deseo del/la otro/a.

El *strap-on* que aparece al final de *Deseo, placer*, da la impresión, en cierto modo, de estar emparentado con las extensiones *cyborg* de autoras como Donna Haraway. ¿Cree que el futuro más inmediato podría beneficiarse de esta clase de prótesis y nuevas prácticas que flexibilicen y abran horizontes en el terreno del erotismo y las relaciones humanas?

En estas cuestiones soy escéptica y algo más simple de lo que a veces puede parecer. Las extensiones *cyborg* de Haraway no dejan de parecerme experimentos, como mi propia novela. Las vidas reales de la gente van por otros derroteros, creo. La carne es insustituible...creo.